

LA PARRANDA TRISTE

(ÍNTIMA)

Por las enrejadas calles de mi tierra
suenan la parranda,
por las pintorescas calles andaluzas
de la vieja España.

Grupo de mozuelos
lleva la guitarra,
y de reja en reja, lleno de alegría,
sus amores canta;
canta sus amores,
sin notar que pasa

bajo los calados de las notas leves
y bajo las cuerdas tirantes y largas,
la callada Muerte, puesta de andaluza,
luciendo abalorios de coplas á sartas.

Cerca ya del día
la tierra descansa
y la muerte acecha las vidas que penden
de los moribundos para devorarlas;
es la hora en que cumple
su oficio la *Trágica*,

y de su vendimia de sangre recoge
humanos racimos de cuerpos y almas.
En ese silencio
que el ánimo espanta,
la guitarra ríe, mas tiene su risa
iguales collares de notas y lágrimas;
sollozando ríe,
cual si la obligaran
á estar en la fiesta nocturna, teniendo
hechas mil pedazos las negras entrañas.
Y es porque ella sabe que no hay alegría
que no esté de veneno formada,
y que es hervidero de coplas y penas
el pecho sonoro de cada guitarra.

Yendo por el mundo
de alegre rondalla,
sentí que estallaba de todas mis fibras
la fibra más cara,
y de las clavijas de mis huesos tristes
voló á los espacios abriendo la alas,
una copla lo mismo que un treno
de negra y amarga,
cuyos cuatro versos, cual cuatro blandones
de pajizas llamas,
alumbran inmóviles sobre un paño negro,
de sangre teñida la cruz de mi alma.

El que descuidado
ríe en la parranda
dejando colgantes de notas prendidos
en cada ventana;

quien vierte sus sueños
en la copa mágica
de las campanillas azules que visten
las rejas amadas,
el que tienda sus puros anhelos
para que los doren las luces del alba,
como colgadura de sueños tejida,
sobre los balcones de ilusión soñada,
¡no espere que cuaje para sus amores
más dulce esperanza,
más rosa brillante que la rosa triste
de la pasionaria!

Por las enrejadas calles de mi tierra
suena la parranda,
por las pintorescas calles andaluzas
de la vieja España.
La alegre vihuela
con que yo, á mis solas, iba de rondalla,
ya no tiene trastes ni cuerdas sonoras,
ni lazos de grana.
Como un nido viejo
sin trinos ni alas,
mi guitarra oscila colgada á los aires
de una seca rama.
Ya no es lira eólica
que á todas las brisas del mundo vibraba:
sin coplas ni acordes,
ya es fúnebre caja
donde pega trastazos el viento
y la balancea con mecida trágica.

Jorge Javier de la Cueva

LA RISA DE GRECIA

Casi nadie ignora que son las ondinas
las que en las llanuras del mar cristalinas
de las aguas saben los velos rizar,
y que no es el peine ligero del viento
el que desarrolla gentil movimiento
y peina los bucles rodantes del mar.

Nereidas y ondinas y musas y diosas
son las que, ciñendo sus frentes de rosas
al abrir el día sus hojas de flor,
salen de las costas de Grecia rientes
y van en esquifes de nácar lucentes
rizando las olas con leve temblor.

De Chipre y de Creta, de todo el mar Jonio
que siembra de risas pasando Favonio,
se mira á la flota los rumbos seguir;
y van en dorados brillantes tropeles,
de concha y de oro sutiles bajeles
y naves con proas que incrusta el zafir.

Revisten los palos, jugando en el viento,
 las velas de púrpura de tono sangriento,
 hinchadas cual senos que agranda el amor;
 y cada costado de nave dilata
 compactas hileras de remos de plata
 que muévense á ritmo con blando rumor.

Allí va de Juno la noble belleza,
 «cual verso de Homero» la sobria cabeza
 que pide la grave prisión de un altar;
 y allí va Minerva, la virgen, la hermosa,
 la sabia, la augusta, la casta, la diosa,
 que de un pueblo todo sintióse adorar.

Allí está Cibeles mostrando enlazadas
 de las estaciones las llaves sagradas
 que inundan la tierra de luz y placer;
 y allí eleva Ceres, trenzada en el coro,
 las manos que arrojan los trigos de oro
 que van por sus hombros rodando al caer.

Allí de Diana se ven los dos senos,
 de agrestes rocíos y nácares llenos,
 y á trompa de caza le arranca el clamor;
 y allí Venus brilla, que es risa en las penas,
 y esencia en los astros, y fuego en las venas,
 y gloria en las almas que incendia el amor.

De náyades leves, con formas divinas,
 y alegres collares de bellas ondinas,
 se erizan los bordes de cada bajel;
 y alegres amores, tejiendo sus alas,
 las naves adornan, prendiendo con galas
 y plumas y flores pomposo dosel.

La ruta señala gentil Citerea,
 y avanza la flota que el mar balancea
 con velas y palos en forma de cruz;

al viento del alba se curvan las velas,
 y dejan las popas radiantes estelas
 y arrancan las proas virtutas de luz.

Mas no son las naves con bordes de oro
 las que el agua rizan con remo sonoro
 rompiendo cristales que miran saltar,
 ni el trigo cual lluvia sutil de alfileres
 que rueda del seno redondo de Ceres
 al vaso de vidrios movibles del mar.

Sus dedos que imitan á largos diamantes,
 las diosas de Grecia dejando flotantes,
 del agua el ras frío comienzan á herir;
 del mar con el velo levísimos juegan;
 lo rayan, lo arrugan, lo fruncen, lo pliegan,
 lo trenzan, lo rizan y le hacen reir.

Después cada diosa su pelo cogiendo
 y en hebras colgantes su trama entreabriendo,
 por su blanca espalda lo incita á rodar;
 recubre primero las amplias caderas,
 y luego rebotan sus ondas ligeras
 como un haz de luces que rueda hasta el mar.

Ved Juno cruzando los mares tranquilos,
 como un nacimiento de luz suelta en hilos
 soltar su cabello que empieza á caer,
 que inunda sus hombros igual que una fuente,
 que finge en sus brazos partido torrente
 y en lluvia de rizos al mar va á caer.

Mirad de Cibeles el noble peinado
 bajar por su espalda gentil destrenzado,
 teñido de vivo fugaz tornasol,
 como si besando sus curvas redondas,
 cayera brillando del mar en las ondas
 un haz deslumbrante de rayos de sol.

Mirad sus cabellos coger á Diana,
que abriendo su blonda de rizos galana
la suelta en su cuello labrado y gentil,
le besa del seno las ánforas bellas
y al mar pega un salto como un haz de estrellas
desde la escultura de fresco marfil.

Recoge Minerva sus leves cabellos
como un largo manto de azules destellos
que trama sus hebras lo mismo que un tul;
lo suelta del cerco triunfal de la frente,
y da al mar el arco del libre torrente
cubriendo las olas como un manto azul.

Venus, retorciendo su pelo triunfante,
produce en el agua la risa estallante
que es luz y alegría del mísero ser,
arroja al mar luego la real cabellera,
y el mundo recobra su gracia primera
y el mar tiembla y canta de inmenso placer.

Así, por el peso vencidas las frentes,
los brazos tendidos, los senos salientes,
los labios que rompen de pronto á cantar,
va el coro de diosas en naves ligeras,
los mares rizando con las cabelleras,
que en luces y risas los hacen temblar.

Con hilos azules, con hebras de oro,
con fibras de ébano, plegando va el coro
las olas que el día comienza á bruñir;
y al ritmo que llevan los barcos mecidos,
el mar, todo lleno de leves fruncidos,
sólo hace al moverlos reir y reir.

Esa es la que á Cristo severo desprecia,
risa eterna y grande del alma de Grecia,
que vela á los ojos la cruz del dolor;

religión que es risa vistiendo las cosas,
brillando en los cielos, temblando en las rosas,
latiendo en los campos, dorando el amor.

¿Por qué si es el mundo prisión de amarguras,
no cubrir las penas con luces más puras
y girar en torno de Grecia gentil,
que no tuvo horribles Calvarios brutales,
ni tuvo Mahomas de goces carnales,
y sí amor y gracia y ardor juvenil?

Pasan los Mesías llevando sus cruces,
y eclipsan sus frentes las místicas luces
de otras religiones que vienen detrás:
la verdad gigante, la Naturaleza,
Grecia con su risa, su gracia y belleza,
ni abdica, ni muere, ni pasa jamás.

Mirad cómo tiemblan los mares rizados,
mirad los divinos temblores dorados
de estrellas y hojas; el mundo es temblor.

Es que el orbe entero se va estremeciendo
al eco de Grecia que sigue riendo;
¡riamos con ella su risa de amor!

No has muerto, no mueres, ¡oh Grecia triunfante,
por cima del rostro de Cristo espirante,
aún tu tírso asoma detrás de la cruz;
y aún del Universo llevada en las brisas,
vives hecha danzas, y juegos, y risas,
y amor, y cinceles, y versos, y luz.

EL FONDO DEL SILENCIO

*Al famoso orador meridional
Luis Díaz Guirao.*

(INTIMA)

Redondo el horizonte ilimitado;
fecundo el cielo cual promesa rica;
¡la santidad de todo lo creado
en el silencio augusto fructifica!

Nada hay ocioso en su profunda calma;
repleta está de músicas sutiles,
de clepsidras que se oyen en el alma,
de martillos, escoplos y buriles.

Taller maravilloso se dijera,
donde la luz, los átomos del viento,
los haces de agua, la creación entera,
trabajan con un mismo pensamiento.

Una risa de Dios mueve la vida
como un motor inmenso, y milagrosas,
mientras rueda esta máquina encendida,
embriagadas de amor cantan las cosas.

Cantan en un trabajo que no apena,
 porque el placer sus herramientas mueve,
 y la bondad que lo infinito llena
 á todo da su movimiento leve.

Mas no pueden oírse sus sonidos,
 pues de esas altas músicas el vuelo
 es sensible tan solo á los oídos
 aptos para la acústica del cielo.

No se oye el cincelado de las flores
 que en su regazo labran los vergeles,
 pero en esos oídos interiores
 se siente el golpear de los cinceles.

No se escuchan los átomos briosos
 que hacen las rosas cual la luz de hermosas,
 pero en esos oídos misteriosos
 se oye el desplegamiento de las rosas.

No oye el oído la precisa ciencia
 que forma una numérica granada,
 pero la mente escucha la cadencia
 que alza el taller hasta quedar rimada.

No escuchan los oídos materiales
 de una espiga los granos como gotas,
 mas la oyen los oídos ideales
 cual flauta de oro de acordadas notas.

Nadie escucha el buril idealizado
 que diseña de un pájaro las galas,
 mas se siente afinar, como un teclado,
 las ringleras de plumas de las alas.

Del fondo del silencio estremecido
 sube una grande, prodigiosa fiesta,
 y donde acaba inútil el oído
 empieza el alma á percibir la orquesta.

Escuchad con las mentes peregrinas
 la voz rítmica y grave de las cosas,
 ¡cantan las matemáticas divinas
 en los soles lo mismo que en las rosas!

A número y á ritmo, como el verso,
 está la vida universal sujeta,
 y del arpa triunfal del Universo
 una chispa que salta es el poeta.

Oid el paso isócrono del mundo,
 del corazón con el gigante oído;
 al ir por las espaldas errabundo
 va á una cadencia original ceñido.

Escuchad por el cielo imaginario
 andar alada cual visión ninguna,
 á la de nácar místico incensario
 que un ángel mece, á la afligida luna.

Oid del sol el cántico valiente;
 sus notas son sonidos ardorosos
 con fuego escrito de su hoguera hirviente
 en su marcha de acordes prodigiosos.

Quitando de esa música grandiosa
 los mentales oídos asombrados,
 y oyéndonos el alma misteriosa,
 nos hablan otros mundos ignorados.

¡Callad, silencio! Oid al pecho mío;
 de su región más pura y escondida
 sale una voz como del mármol frío,
 la triste voz de una mujer querida.

Débil como un suspiro oigo su acento;
 ¡oh piedad! ¡oh dolor! Miro su cara
 de virgen muerta allá en mi pensamiento,
 hecha de lirios é ideal Carrara.

¿Aún te acuerdas, mujer, de mi ternura?
 ¿Aún lloras y me llamas, y me quieres?
 Dios apagó en mis brazos tu hermosura
 á la edad más feliz de las mujeres.

Mirándome, en mis manos falleciste;
 quitóme el cielo merecer tu gloria;
 ¡el beso aquel que con pasión me diste
 es el más gran dolor de mi memoria!

Intacta como flor que aún no está abierta,
 entre tus dedos coloqué una palma,
 y mudo, y loco de pesar, mi muerta,
 te eché en el rostro por sudario el alma.

No me llamen, por Dios, tus labios yertos
 que mis entrañas rómpense á pedazos:
 ¡hasta encontrarte, como en cruz, abiertos,
 jamás, jamás, se cerrarán mis brazos!

Otra voz de mi pecho en lo sagrado
 alza el silencio cual rumor sombrío;
 la escucho en hondas lágrimas bañado:
 es la voz de mi padre, ¡oh padre mío!

Me dejaste al lindero de la vida
 cuando á la luz se abrió mi pensamiento,
 y cual hoja de un ramo desprendida
 fuí dando tumbos á merced del viento.

En mi mano de niño pequeñuela,
 la rienda así de tu fortuna escasa,
 é hice de padre que por otros vela,
 y tu alta sombra reemplacé en tu casa.

Un arpa Dios me dió. Su primer canto
 fué para tí, porque tu amor la inspira;
 ¡y el mundo me enseñó que pesa tanto
 como una Cruz de Redentor, la lira!

Tu virtud en sus cuerdas resplandece
 y el noble brío de tu pecho honrado,
 y al alzarla en mis manos me parece
 que la hostia elevo en el altar sagrado.

¡Oh, si vivieras, cuánto me querrías!
 Compartieras mi vida que no pesa,
 mis santas é inocentes alegrías,
 mi hogar humilde y mi sencilla mesa.

Pero muerto te miro, ¡oh padre amado!
 Y cuando pongo en abrazarte empeño,
 miro que, cual cristal despedazado,
 mi corazón se estrella contra un sueño

¡Otra voz, un amigo, un alma justa!
 el único quizás que reverente,
 del suelo no agarró con mano injusta
 ninguna piedra para herir mi frente.

Cuando su vida en flor se desplegaba
 aún no abiertas sus fuentes generosas,
 llena de luz su frente se doblaba,
 ¡llena de luz y de futuras rosas!

Lo mismo que un almendro se reviste
 de cálices divinos y ligeros,
 al contemplar tu espíritu, te viste
 con el alma erizada de luceros.

Tu grande genio mi pasión sabía,
 y aunque te miro muerto en mi memoria,
 digo á la luz del sempiterno día:
 ¡toca, Inmortalidad, himnos de gloria!

Y basta ya, que si tu voz no acallas,
fallezco en tí, silencio gemebundo;
¡hay en ti el retumbar de cien batallas
y pareces el órgano del mundo!

LIRA ANTIGUA

Los pies hollando el plinto de mármoles paganos,
la frente desflorando la rubia luz del día,
el dios Apolo eleva la lira entre las manos
y en ella el milagroso poder de la armonía.

Bajo los dedos sabios de juego diligente
en los que va cautivo todo el heleno coro,
como un intercolumnio de luz resplandeciente
melódicas se alargan las cinco cuerdas de oro

En una va del mundo la espléndida alegría,
en otra va lo amargo del hondo sentimiento,
en otra el entusiasmo, y en otra la energía,
y en otra la centella sublime del talento.

Son cinco inmensos ríos las cinco cuerdas bravas
que abarcan el contorno gigante del planeta;
y como en ellas vidas y cosas van esclavas,
encierra el Universo la lira del poeta.

Oíd del dios olímpico los labios musicales
que las abejas áticas llenaron de poesía
libada en las corolas de griegos romerales
allá donde el oriente Cefiso se deslía.

Oid su lira excelsa. Su seno melodioso
está lleno de abejas que, al son que van cantando,
divinas elaboran con zumo delicioso
estrofas con los versos de mieles goteando.

Poned contra la lira la rosa del oído,
del lado donde lleva los líricos alambres;
Apolo de una rama colgóla como un nido
y se llenó su seno de músicos enjambres.

Va en ella de Teócrito la estrofa soleada
que vuela por las pámpanas del cálido horizonte,
entona Safo ardiente su queja apasionada
y eleva un loco brindis el ebrío Anacreonte.

Modula en ella Píndaro sus himnos exaltados,
Bión y Mosco tañen el sistro placentero,
y va en las reales águilas de versos consagrados
atravesando siglos la voz del gran Homero.

Oid la lira griega; sus versos inmortales
del sol llevan y savias las sílabas repletas;
;oid, que en vez de abejas que labren los panales,
en su interior van coros sublimes de poetas!

Los pies hollando el plinto de mármoles paganos,
la frente desflorando la rubia luz del día,
el dios Apolo eleva la lira entre las manos
y en ella el milagroso poder de la armonía.

LA GRANADA

*Todos los sabios del mundo
tendrán siempre que humillarse
por no llegar á saber
lo que una granada sabe.*

(DEL AUTOR)

Tiene la roja granada
en su seno una colmena,
pero es enjambre de granos
en lugar de ser de abejas.

Divididos en panales
están por frágiles telas,
como están en un convento
subdivididas las celdas,

y esa sociedad menuda
se abraza y se compenetra,
con más perfecta armonía
que los hombres en la tierra.

No hay un grano preferido
con cetro de oro en la diestra
que el mundo de la granada
rija cual rey que gobierna.

Todos son granos iguales
que tienen la misma ciencia,
que tienen el mismo impulso,
que tienen la misma ética.

Cada grupo de rubíes
vive en su propia vivienda
sin traspasar los umbrales
de la vecina frontera,

y con arreglo á justicia
y á equidad y á inteligencia,
disfruta de los derechos
que da la Naturaleza.

Es á un tiempo cada grano
jurisconsulto que piensa,
divino vate que rima,
magistrado que interpreta,

político que dirige,
catedrático que enseña,
legislador que ilumina,
ciudadano que respeta,

y, cual á gusto se enlazan
en un collar las mil perlas,
ellos forman el trezado
de una sociedad perfecta.

¡Hombres, detened los ojos
en una granada abierta,
y ved tan grandioso mundo
con las rodillas en tierra!

HORA DE FUEGO

Quietud, pereza, languidez, sosiego...
un sol desencajado el suelo dora
y á su valiente luz deslumbradora
queda el que mira fascinado y ciego.

El mar latino, y andaluz, y griego,
suspira dejos de cadencia mora,
y la jarra gentil que perlas llora
se columpia en la siesta de oro y fuego.

Al rojo blanco la ciudad llamea;
ni una brisa los árboles cimbreo
arrancándoles lentas melodías.

Y sobre el tono de ascuas del ambiente,
frescas descubren su carmín riente
en sus rasgadas bocas las sandías.

LA SANDIA

Cual si de pronto se entreabiera el día
despidiendo una intensa llamarada,
por el acero fúlgido rasgada
mostró su carne roja la sandía.

Carmín incandescente parecía
la larga y deslumbrante cuchillada,
como boca encendida y desatada
en frescos borbotones de alegría.

Tajada tras tajada, señalando
las fué el hábil cuchillo separando
vivas á la ilusión como ningunas.

Las separó la mano de repente,
y de improviso decoró la fuente
un círculo de rojas medias lunas.

A MI HERMANA UBALDA

Ya no cogemos de las frondas nidos
ni en tu dulce regazo me guareces,
ni yo te mezcó á ti, ni tú me meces
en los columpios del ramaje asidos.

Ya no vamos cual pájaros unidos
por los campos en flor como otras veces,
ni echamos pan á los dorados peces
que el agua hienden por el sol bruñidos.

Pero aun viviendo ausentes y lejanos,
van nuestros dos espíritus hermanos
por las regiones del amor tranquilas,

juntos como de un ave las dos alas,
juntos cual de un esquife las dos palas,
juntos cual de una faz las dos pupilas.

BAILADORA (1)

Con un chambergo puesto como corona
y el chal bajando en hebras á sus rodillas,
baila una sevillana las seguidillas
á los ecos gitanos que un mozo entona.

Coro de recias voces canta y pregona
de su rostro y sus gracias las maravillas,
y ella mueve, inflamadas ambas mejillas,
el regio tren de curvas de su persona.

Cuando enarca su cuerpo como culebra
y en ondas fugitivas gira y se quiebra
al brillante reflejo de las arañas.

estalla atronadora vocinglería,
y en un compás amarra la melodía
palmas, risas, requiebros, cuerdas y cañas.

(1) Primer soneto dodecasílabo que se escribió en España; creado con elementos españoles de nuestra popular seguidilla sevillana.